

VÍCTOR MAXIMINO MARTÍNEZ OCAMPO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM



DÍAS ENTRE CAFÉS

A FERNANDO OROZCO Y BERRA LE ENTRETUENE MÁS LA ESCRITURA QUE LA MEDICINA. LE HAN PEDIDO UN ARTÍCULO Y CAVILA SOBRE QUÉ ESCRIBIR. EN LOS CAFÉS ENCONTRARÁ UN MUNDO POR DESCUBRIR Y RETRATAR. TAMBIÉN HALLARÁ EL ÚLTIMO GOLPE DE FRÍO QUE SE PUEDA CONTAR.

Una buena mañana en la ciudad de México de mitad de 1850, un médico convertido en escritor camina preocupado a lo largo de su estudio. Su nombre es Fernando Orozco y Berra y hace poco más de un año llegó a la ciudad de México procedente de Puebla buscando otra atmósfera y otros goces. A pesar de tener dos pequeñas arrugas en su entrecejo, es evidente su juventud, pues con 29 años la vida le sonríe avariciosa, haciéndole entrever horizontes sin límites. Y no podía ser de otra manera, pues en julio de ese año acababa de publicar una novela: *La guerra de treinta años*, dedicada a su hermano mayor, el historiador Manuel Orozco y Berra. El libro fue bien recibido por los letrados debido a las interesantes escenas que describía. La turbación de este novel autor se debe a que tiene que entregar para dentro de tres días un escrito al editor de *La Ilustración Mexicana*. Menos mal que con Ignacio Cumplido no tengo problemas –piensa–, ¡hace poco apareció uno de mis artículos en *El siglo XIX!*

El joven Fernando decide que quizá una pequeña incursión al Tívoli de San Cosme, ubicado en las afueras de la ciudad, le ayude pensar mejor sobre qué escribir. Pues ahí sabe que se busca la fortaleza y se siente que la sangre circula con más velocidad, activando las funciones del cerebro. Desayuna una costilla y un par de huevos, todo un desayuno francés, aunque claro, esto le pesa más a su bolsillo que un típico almuerzo local. Vale la pena –afirma el joven– mientras no sea todos los días. Un breve paseo a lo largo de los jardines, de lo que años después Ignacio Manuel Altamirano llamaría *Tebaida del amor y de la gastronomía*, probablemente le permitan obtener un tema del que hablar. Pero no, lo único que ve son flores que parecen más zacates y matorrales, además de un joven que lleva un ramito de violetas para su dómina. Herido por el recuerdo de aquella mujer poblana a quien abrió su corazón sin vacilar, sin reserva y sin aliño, Orozco y Berra decide abandonar el lugar.

El día pasa y la inspiración no aparece, tampoco sus lecturas le dan un tema del que escribir. Cansado y con la noche encima, Orozco decide tomar una taza de café, una bebida fuerte, estimulante y deliciosa. ¡Eso es! –dice decidido–, escribiré sobre los cafés de esta noble ciudad, cosa que pocos han hecho antes. Conforme, camina a su habitación para emprender la

◀
Interior del café del Progreso, litografía en *La Ilustración Mexicana*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1851. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villa" - Instituto Mora.

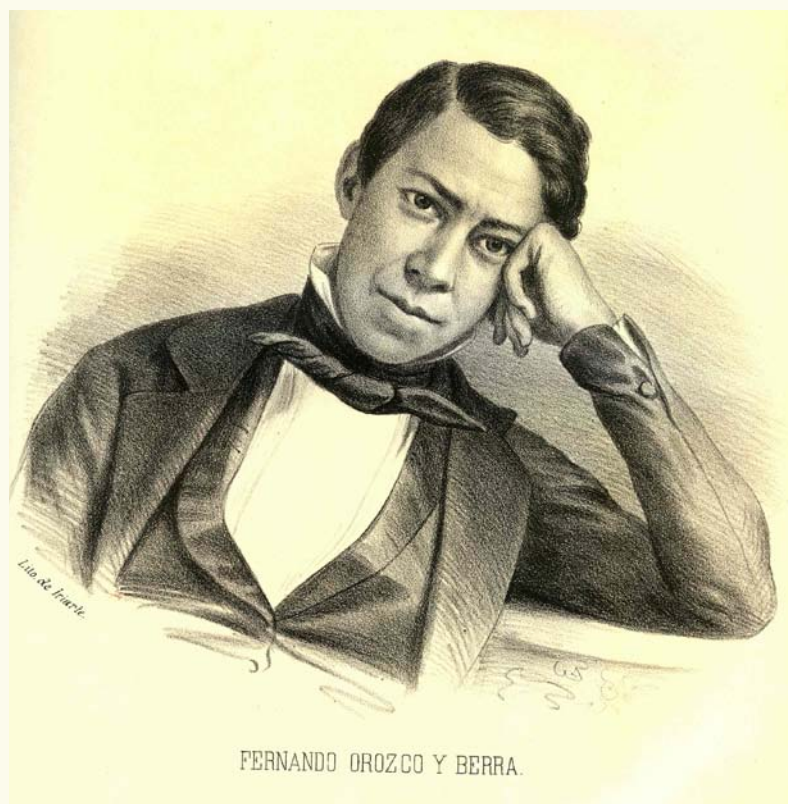
El decidido andar del menor de los Orozco y Berra lo lleva al costado occidental de la Catedral, a la calle del Empedradillo. Entre la multitud de comercios existentes, sobresale uno por un cartel áureo que indica su nombre: Gran Café de las Escalerillas

siesta, sabe que el próximo día será largo y tiene que recorrer parte de la ciudad para recordar tantos lugares.

Cinco y media de la mañana y nuestro escritor ya está listo para abandonar su hogar, en la calle de San Andrés. El frío azota a la ciudad de México que para la época cuenta con unos 200 000 habitantes y unas 4 100 casas, según una guía de forasteros escrita por Juan Nepomuceno Almonte. Se dirige a El Progreso, en la esquina de las calles de Coliseo Viejo y Coliseo Nuevo. La forma más rápida de arribar al café sería que nuestro autor llegara a la esquina y bajase por la calle de Vergara. Demasiado fácil —piensa— además de que insuficiente para ver la multitud de establecimientos del género que me interesa. Así que decide enfilarse en dirección a la Catedral. Al cruzar por la calle de Santa Clara, una cuadra adelante, se encuentra con cafés ambulantes donde unos albañiles desayunan atole y tamales para aguantar la dura jornada que les espera. Ni pensar en tomar un bocado ahí. Para él, la simple mención de esa comida le parece *grosera y anticonstitucional*.

Orozco y Berra sigue caminando sin voltear atrás y llega a la calle de Tacuba. Ahí las cosas mejoran, pero no mucho, en los locales no hay alfombra ni entarimado, sólo mesitas enclenques, sillas deleznable o bancos durísimos en los que artesanos y practicantes que vuelven a su clínica se sientan a beber café con leche y sus respectivas cuajadas. ¡Cuántas veces no estuve en sitios así! —suspira— recordando sus años de estudiante de Medicina. No tiene mucho tiempo para recordar el pasado, todavía hay camino que recorrer.

El decidido andar del menor de los Orozco y Berra lo lleva al costado occidental de la Catedral, a la calle del Empedradillo. Entre la multitud de comercios existentes,



◀ Hesiquio Iriarte, *Fernando Orozco y Berra*, litografía en *El Renacimiento: periódico literario*, México, Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, 1869. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar" - Instituto Mora.

sobresale uno por un cartel áureo que indica su nombre: Gran Café de las Escalerillas. A pesar de la envidia que causa entre los demás cafés circundantes, no es el mejor de la cuadra. Por eso no se detiene, pues tiene todavía que cruzar el Portal de Mercaderes. Debido a lo temprano del día y a que no es verano, el joven articulista tampoco podrá calmar su sed en los puestos de chía que se llegan a colocar ahí. Hay uno que sobresale por su propietaria que tanto José María Rivera y Guillermo Prieto describieron como *una chiera aristocrática que hace detener los coches enfrente de su puesto para que los elegantes, impacientes y quisquillosos esperasen allí sumisos a que los despachasen, pues ante ella cae la máscara de la etiqueta; porque aquel puesto es el oasis del desierto, la fuente de Moisés, el alivio de todos los que acuden al Palacio.*

Quince minutos y al fin Fernando Orozco y Berra ha llegado al corredor de los grandes cafés la ciudad, situado en el eje que va de las calles de Tlapaleros, cruzando Refugio

y finalizando en Coliseo Viejo, las cuales tienen como sus respectivas aristas las calles de Palma, Espíritu Santo y Coliseo Nuevo. Para poder visitar todos es necesario caracolear entre las calles. En fin –piensa resignado–, tendré que andar a paso veloz.

Son cinco los cafés que a tempranas horas del día tiene ya la mantequilla y la servilleta propiamente servidas. De oriente a poniente, el primero es El Cazador que tuvo una niñez dorada y una juventud plateada. Sin embargo, para 1850 disfruta de una madurez cobriza que se refleja en sus concurrentes: viejos y jugadores encapotados, escribanos, empleados de segundo orden que discuten aquí y allá de religión y política. En segundo lugar se ubica La Bella Unión donde, a pesar de ver reducidos sus dominios, todavía resuenan las notas de los conciertos dominicales, además de sus deliciosas tostadas sumergidas en un pozo de café sobre una laguna de leche.

Después aparece La Gran Sociedad, el más antiguo de los cafés de la ciudad. Al pasar enfrente del establecimiento, Orozco y Berra recuerda cuando, a sus 14 años, vio por primera vez el lugar en plena época de majestad y gloria. Para la mitad del siglo, sólo le quedaba la reputación intachable y la fisonomía señorial. El cuarto café no es otro que El Bazar, espacio cosmopolita donde se dan cita ciudadanos de las cuatro partes del mundo, además del lugar preferido de bellas damas para beber un vasito con fresas heladas. Éste es, por antonomasia, el establecimiento del siglo por su variedad y lujillo, y por ende, no entró, para no debilitar sus ya de por sí exiguas ganancias.

Finalmente, el joven Fernando llega a su destino: El Progreso, antes El Veroli. Son las seis de la mañana y la luz entra tímidamente por las vidrieras. Es el primer cliente. Un perezoso camarero le arregla una mesa con sus respectivas sillas mientras que, en un rincón, un somnoliento cantinero restriega las copas y acomoda las servilletas. En la cocina, el fuego es apenas encendido para la nueva jornada. Poco a poco la concurrencia comienza a llegar. Los primeros en entrar son dos jóvenes de agradable fisonomía, o esta lo sería si su aspecto no fuera tan descuidado pues traen los ojos abotagados, las mejillas pálidas, el cabello despeinado y el traje en desorden. Piden una gelatina y agua con hielo. ¡Vaya desayuno! –piensa Orozco y Berra–, quizá esa sea la fórmula mágica para curar

las noches orgiásticas entre mujeres libertinas. Mas no hay tiempo para fijar toda la atención en ellos, pues acaba de entrar un hombre de edad avanzada; se sienta, pide un café, saca un lápiz y papel y empieza a meditar largos minutos. Es un jugador, un antiguo militar vuelto truhán, que con las cartas busca sacar su sustento y el de su familia.

En el café no sólo hay gente de dudosa reputación. En el centro del salón se aprecia a un trío de franceses en su primera juventud: dos mujeres y un hombre. Manuel Orozco y Berra supone que todos esperan un ómnibus que los llevará hasta Veracruz y de ahí, seguramente de vuelta a su patria. El varón, a la cabeza del grupo, mordisquea suaves panquecitos. Se le ve orgulloso, acaso de que con su honradez y trabajo de artesano ha logrado formar una pequeña fortuna. Las féminas beben a grandes tragos su café, además de que parlotean gozosas. Todo es diversión entre ellas, esperanzadas, quizá por la vida que les espera. O por lo menos eso cavila Fernando Orozco y Berra cuando al fin arribó su desayuno con media hora de retraso. Huevos al gusto, frijoles refritos y café con leche; no es lo mejor del establecimiento, pero sí lo más barato. El tiempo pasa rápido: leer los periódicos, garabatear algunos apuntes y hablar con uno que otro conocido, le dan las nueve de la mañana. Y es a esa hora cuando en el rincón más lejano y oscuro del lugar se mueve un fardo: un pobre infeliz con las botas gastadas y el saco raído. Sin probar bocado, sale a toda prisa del establecimiento. ¿A dónde irá con tanta prisa?, se pregunta Fernando. El joven, observador y curioso por naturaleza —por no decir entrometido— paga lo consumido y abandona el café para seguir al curioso personaje.

El viento frío que le golpeó el pecho le hace dar cuenta que en su precipitada salida olvidó la levita en el asiento. Herido por la gelidez decembrina, vuelve al interior del local por la prenda. Vaya suerte la mía —piensa disgustado—, tendré que ir a espiar en otro lado. Así se dirige de vuelta a la Catedral a hacer un almuerzo más reconfortante que una taza de chocolate: observar al prójimo. Regresa luego a su casa, listo para relatar lo vivido. Redacta con ahínco y frescura; de vez en cuando ve interrumpida su labor por una tos repentina. Para la noche, ya tiene acabada la *Revista del desayuno: El Progreso al amanecer*. La jornada siguiente la ocupa en correcciones menores y en el último día de 1850 lo entrega para imprimir.



—

El primero de enero los lectores reciben el texto gustosos y más aún los dueños de los establecimientos que ven inundados sus cafés con curiosos deseos de conocerlos.

—

El primero de enero los lectores reciben el texto gustosos y más aún los dueños de los establecimientos que ven inundados sus cafés con curiosos deseos de conocerlos.

A principios de 1851 nuestro joven autor no sabía que ése sería uno de sus últimos escritos, ya que una fulminante pulmonía se lo llevaría al sepulcro en abril. Al comentar este trágico hecho a 18 años de distancia, Ignacio Manuel Altamirano afirmó que Fernando Orozco y Berra *engañado por una mujer sin corazón, no llegó a creer en ninguna y trató de ahogar en su alma los puros afectos de su confiada juventud*. Eso, más el arduo trabajo periodístico y quizá las luchas intestinas del país, terminaron por liquidar su agonizante salud. Si hacemos caso a la dedicatoria de *La Guerra de treinta años* que Orozco y Berra escribió en junio de 1850, quizá sus últimas palpitaciones cordiales fueron para el único hombre que amó: su hermano mayor Manuel, quien siempre sabía darle un apretón de manos o un consejo oportuno, y cuya labor historiográfica eclipsaría su prosa, a pesar de la gran estima que tenían sus contemporáneos hacia ella. Siguiendo a Edmundo O'Gorman, probablemente tengamos que esperar todavía algunos años para que sus textos sean desenterrados de las tumbas de los periódicos de la época a fin de ser sepultados en las tumbas de las bibliotecas.

◀
Jardines del Tivoli en San Cosme, litografía en Gilbert Haven, *Out next-door neighbor: a Winter in Mexico*, Nueva York, Harper & Brothers publishers, 1875. Bibliotecas Digitales de California.

PARA SABER MÁS

—
 CAMPOS, MARCO ANTONIO (selección), *Fue en aquella ciudad de México: Episodios y crónicas del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.

—
 DÍAZ Y DE OVANDO, CLEMENTINA, *Los cafés en México en el siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

—
 JUÁREZ LÓPEZ, JOSÉ LUIS, *Engranaje culinario: La cocina mexicana en el siglo XIX*, México, CONACULTA, 2012.

—
 WEINBERG, BENNETT ALAN Y BONNIE K. BEALER, *El mundo de la cafetina: La ciencia y la cultura en torno a la droga más popular del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.